Pasada la jura y celebradas las fiestas, que duraron algunos días, despidió el emperador a todos los que en ellas habían asistido y los envió a sus señoríos y pueblos, haciéndoles una larga plática y paterno razonamiento, en el cual les mostró ser su elección más para usar con ellos oficio de padre que de rey soberbio, ni monarca tirano. Todos se despidieron de él muy amigablemente, llevando el gusto muy sabroso de sus paternales y dulces palabras.

Despedidos todos, rogó a sus hermanos que no se fuesen sino que se quedasen con él por algún tiempo, lo cual hicieron de buena gana y voluntad y los entretuvo un año en su corte; y es mucho de considerar que siendo la condición humana envidiosa y que no sufre no sólo mayoría, pero ni aun igualdad, en especial entre hermanos que saben que son hijos de unos mismos padres y que por esta razón presumen ser iguales en los bienes y herencias paternas, pareciéndoles que no hay de parte de los hijos, en razón de hijos, más méritos en unos que en otros; y que por solas leyes se aventajen unos a otros y lleven más los unos que los otros y entren en los señoríos unos y otros, queden privados de ellos, cosa (como decimos) que engendra envidia y rencor. Con todo esto no cupo en los corazones de estos dos príncipes semejante pasión, antes mostrando alegría y contento festejaron su estada con muchas fiestas con que entretenían a su hermano el emperador, del cual fueron tratados muy honrada y acariciadamente, correspondiéndoles con una muy sencilla y hermanable voluntad.

CAPÍTULO XLV. *Donde se trata de las condiciones loables de este nobilísimo emperador y de lo que por esta causa era amado de todo su imperio*

NA DE LAS CONDICIONES que deben tener los reyes y príncipes para gobernar con más seguridad su república es la mansedumbre y clemencia, porque ella vence los corazones de los hombres y se hace señor de ellos. Éste fue un aviso romano, de que usaron todos u los más de sus príncipes y capitanes, para enseñorearse del mundo. Y así, dice Plutarco,[1] de su fundador Rómulo, que era tan manso y piadoso, que no sólo a los amigos hacía bien, pero que a los enemigos perdonaba; y solía decir que quería ser amado y reverenciado de su gente, como padre y no temido ni aborrecido, como tirano; pues que para aumentar y confirmar el imperio entre los hombres es necesario que los príncipes gobiernen con tanta mansedumbre y benevolencia su pueblo, que no solamente sean señores de los cuerpos de los súbditos, para hacer de ellos por su poder absoluto lo que quisieren, sino que por amor y beneficios los tengan robados los corazones, para que de su propia voluntad, sin ser a ello forzados ni compeli-

[1] Plut. in Vita Rom.

dos le sigan y obedezcan en todo lo que les mandare; pues que consta claramente que lós imperios fundados en crueldad y administrados por severidad rigurosa ni son firmes ni pueden ser durables, porque en el tiempo de la mayor necesidad hallarán, por experiencia los príncipes, que tienen por fuerza sojuzgados los cuerpos que están muy contrarios, y muy lejos de su servicio sus corazones. La prueba tenemos en Roboan,[2] que queriendo ser más cargoso a su pueblo, de lo que lo fue su padre Salomón, perdió la nueva carga que les imponía y con ella las diez partes del reino y se quedó con dos solas.

Esta condición y propiedad tan digna de loor y alabanza se dice de este nobilísimo emperador Tlotzin; porque fue tan benigno, manso y afable, que no hubo hombre que le aborreciese, ni que dijese de él una mala palabra, que es una de las bienaventuranzas humanas y de mayor gloria para un príncipe que gobierna. Era muy alegre de condición y jamás le vieron el rostro turbado a ninguna cosa adversa que le sucediese, ni jamás se le oyó palabra de reprehensión agria; antes eran todas tan risueñas y amorosas que cautivaba con ellas a todos los que la oían; pero junto con esto era de ánimo valiente y generoso, dispuesto para regir y gobernar su pueblo a cualquier fuero que se le ofreciese. Era por esta condición tan amado y querido de todos, que morían y trabajaban por verle y gozar de su trato; por lo cual, de todos los grandes y señores de su imperio, era muy frecuentemente visitado y regalado y no había persona que lo fuese de cuenta, que no le visitase dos o tres veces en el año, con los cuales se alegraba y recibía placer y los festejaba y honraba como a hijos muy queridos. Encarece mucho el historiador (por sus pinturas) en la historia, que se intitula de los emperadores y señores chichimecas y tultecas que gobernando treinta y seis años, prosiguió el tiempo de su gobierno con los mismos principios que comenzó, sin mudarse en nada ni descubrir más condición de la dicha y referida; cosa que luego se manifiesta a los primeros encuentros y lances del mandar y señorear a otros; porque mientras uno no es movido ni provocado a mostrar quién es, encubre lo natural de su condición; la cual fácilmente manifiesta puesto en lo forzoso de la ocasión; de la misma manera que para conocer si está sano un vaso, es menester henchillo o llenarlo de agua, el cual lleno luego manifiesta su entereza o rotura, de esa misma manera no es conocido el hombre hasta que está puesto en dignidad o magistrado, porque entonces el tirano (si lo es) o el iracundo y colérico, manifiesta en el oficio aquella tiranía y cólera que encubría de su condición, apartado de la ocasión; y así dijo el otro poeta, que los honores mudaban las costumbres y hacían a los hombres otros de lo que eran; pero enmendóle mejor el que dijo que no los mudaban, sino que descubrían quiénes eran; porque en la fragua de un herrero fuese acontecer que cesando de soplar los fuelles, se amortigua el fuego y parece que está muerto y convertido en carbón; pero en volviendo a soplar resucita y se enciende; porque la ocasión los encendió. De esta manera parecen las condiciones

[2] 3. Reg. 12.

de algunos que viven la vida sin cargo ni carga de oficios; pero en ellos manifiestan las brasas encendidas de la desabrida condición de su pecho.

Condición (cierto) ésta de este rey, digna de loar; porque no hay cosa más útil y sana al príncipe, que la noble y moderada condición, ni más perniciosa que la crueldad y tiranía; y así dijo el sabio, en los Proverbios,[3] en la alegría de la cara y rostro del rey está la vida; y su clemencia es como el rocío saludable tardío, que quiere decir que es tan estimada esta virtud como el agua deseada, para que riegue los necesitados panes y mieses. Y en el capítulo veinte, dice: que la misericordia y verdad guardan y defienden al rey, y con la clemencia se fortalece y confirma su reino y trono. Y en el veinte y cinco quita la impiedad de la cara del rey y se fortificará o fortalecerá la justicia de su trono. De esta mansedumbre y clemencia fue dotado nuestro emperador Tlotzin y la ejercitó todos los días de su vida; pero tampoco quiero que se entienda que por ser de esta condición dejaba de castigar los casos que requerían castigo; que en éstos mostraba su justicia como en esotros su misericordia y clemencia; porque castigar culpas cuando requieren castigo no es crueldad sino clemencia; y así donde dice el salmista: Rígelos con vara de hierro, allí no denota crueldad, que no quiere decir que con crueldad sean regidos y gobernados; porque la severidad no es rigor, cuando lo pide el caso, sino justicia; y así dice San Gerónimo,[4] que la crueldad es una atrocidad del ánima y inhumanidad enemiga mortal de la ley de naturaleza (a la cual debemos seguir) ésta, ni se harta con sangre, ni con ningún mal se satisface; pero apartando de sí toda humanidad y clemencia echa por la boca de su maldad espuma, y de lo más oculto de su pecho, echa y derrama crueldad y tiranía; esta sentencia está en el derecho.[5] Muy ajeno fue Tlotzin de esta inhumanidad y muy revestido de clemencia, por la cual (como dicho es) le amaban todos sus vasallos y era muy estimado de ellos.

CAPÍTULO XLVI. *De los ejercicios y cosas de recreación en que este príncipe y monarca Tlotzin se ejercitaba*

NO SE DICE DE ESTE EMPERADOR TLOTZIN que formase campo, ni hiciese guerra a ninguna de las provincias a él sujetas (que eran todas las que se conocían en esta Nueva España y tierra de Anahuac); porque cuando entró en el gobierno le halló pacífico y sosegado por haberle pacificado su padre Nopal y así entró en él, como otro Salomón, en el de Israel, sin que en toda su vida tuviese género de alboroto ni rebeldía que le desasosegase; y ayudóle mucho a esta conservación la clemencia y mansedumbre de que era dotado (como en el capítulo pasado se ha dicho) por lo cual

[3] Prov. 16.
[4] Div. Hier. in Epist. ad. Rupar.
[5] 23. q. 8. C. Legi.